

Hace apenas cien años

M.^a Dolores CARBONELL ZARAGOZA ¹

Hace apenas cien años o hace ya cien años, sólo son distintos enfoques de una misma cuestión. Hay hechos históricos mucho más antiguos, que sin embargo se rememoran como más cercanos en el tiempo, porque son hechos gloriosos y gratos para el recuerdo. Pero no ocurre así con el fatídico 1898, año en que tras muchas luchas y muertes, España perdió los últimos restos de su imperio colonial; un imperio donde en tiempos de Felipe II nunca se ponía el sol.

Fue el 98 el broche de un siglo tumultuoso en lo político y en lo social. Supuso la evidencia de la decadencia y la debilidad de una nación incapaz de reconocer y remediar sus males a tiempo. Todos estos sinsabores han contribuido a que entonces y ahora se intente olvidar esta fecha. Pero este olvido es injusto con quienes por la Patria y el Rey dieron su vida en aquella contienda, defendiendo, sin saberlo, unos intereses que no eran los suyos, pero cumpliendo con su deber.

Voy a intentar acercar a aquellos héroes, anónimos en muchos casos, a estas líneas, con el fin de rendir justo tributo a su esfuerzo, sufrimiento y valor.

6 de marzo de 1895. Zarpan desde Cádiz, Barcelona y Santander, seis barcos rebosantes de soldados vestidos de rayadillo, con una sonrisa en los labios y gran ansiedad en el corazón. Muchos lo hicieron antes y otros lo harían después; pero, ¿quiénes eran estos soldados que componían la tropa de ultramar? Pues debido al injusto sistema de levas vigente entonces, eran en su mayoría jóvenes de extracción social baja y sin preparación militar, que no pudieron eludir de modo alguno el reclutamiento. Se trataba de soldados, que como

¹ Licenciada en Geografía e Historia.

eran pobres, eran soldados. Las leyes relativas al servicio militar de la época permitían la redención a metálico, pero claro está que sólo tenían acceso a ello las clases pudientes, bien comprando un sustituto, bien pagando las 2.000 pesetas de la cuota de redención. Por lo tanto, los hijos de la oligarquía que tenía intereses en ultramar no iban a la guerra. La frase ... «*tanta sanch dels pobres y tanta dinerada dels que no ho son*» ..., publicada en el diario *La Veu de Catalunya* el 18 de julio de 1895 define muy bien el sistema. Esta situación provoca la impopularidad de la guerra entre las clases inferiores, frente al patriotismo que, impulsado por la prensa, contagia a la población de las villas y ciudades, sobre todo de la capital. Se producen algunas manifestaciones contra la salida de reclutas en Haro, Tafalla y Valencia, pero tienen poca envergadura y son silenciadas por las autoridades.

En 1897 bajo el lema *¡O todos o ninguno!*, el partido socialista comenzó una campaña contra una grave injusticia social, que era a su vez un intento, que resultó vano, de provocar el fin de la guerra mediante la obligatoriedad de incorporar a filas también a los hijos de la burguesía, que era quien verdaderamente tenía interés en proseguir la guerra.

Durante la Gran Guerra, de 1895 a 1898, existen en España aproximadamente treinta sociedades de Redenciones, que mediante el Seguro Individual de Quintas, y dependiendo del precio pagado, consiguen, bien la redención total o bien el canje de destino de ultramar a la península. En las semanas que preceden a cada sorteo de quintas más de la mitad de los anuncios publicados por ciertos periódicos corresponden a estas compañías. Muchas familias se arruinaron por esta causa.

Pero pese al gran terror que inspiran las quintas, los soldados que en su gran mayoría proceden de aldeas y no conocen otras labores que las del campo, embarcan hacia las colonias de ultramar abrigando muchas esperanzas. Todos habían oído hablar de la Perla del Caribe, con su vegetación de un verde lujuriente, frutas tropicales al alcance de la mano y mujeres de rotunda esplendor. Pero sus expectativas pronto se ven truncadas. En las islas les espera un clima hostil, una vegetación impenetrable «la manigua», y sobre todo las enfermedades tropicales, contra las cuales no están inmunizados y que causan el 95 por 100 de las bajas.

Nuestros soldados, mal equipados, calzados con alpargatas y con una alimentación inadecuada y escasa, tienen que enfrentarse a *los tres invencibles generales junio, julio y agosto* —como diría Máximo Gómez, destacado militar y caudillo rebelde—, es decir calor tropical, lluvia, fango, mosquitos, ninguas —insectos que se crían en el agua y se introducen entre la piel de los pies provocando graves infecciones—, fiebre amarilla, paludismo, disentería y gangrena.

A todo ello hemos de sumar que la guerra se desenvuelve en unos cánones

ajenos a la experiencia militar española. Los insurrectos no atacan frontalmente, quieren extender la revolución a toda la isla. Forman partidas de guerrillas que hacen fraccionarse al ejército español para luchar en todos los frentes abiertos. El soldado siempre tiene la sensación de luchar contra un enemigo invisible, que se maneja bien entre la manigua y que puede atacar en cualquier momento. En todos los testimonios escritos que se conservan destaca la fatiga producida en las tropas por las largas marchas vigilando ingenios azucareros y escoltando convoyes, que no les dejan tiempo para dormir lo suficiente, pues hay que estar siempre vigilante por lo imprevisible del ataque enemigo. En palabras de Winston Churchill, que curiosamente sirvió como voluntario bajo el mando del general español Suárez Valdés, se trataba de... *una guerra extraña, fantasmal, contra un enemigo invisible, que no daba la cara...*

En cuanto a lo que a la alimentación y la sanidad se refiere, eran deplorables. Testigo de excepción fue don Santiago Ramón y Cajal, que sirvió como capitán médico en Cuba. En su libro «Mi infancia y juventud» contó sus experiencias. Como la corrupción que existía a todos los niveles provocaba una alimentación escasa y deficitaria incluso en las enfermerías y los hospitales, que a su vez carecían de las medidas más elementales de higiene y salubridad. En el mismo sentido se refiere al tema de la alimentación el propio general Martínez Campos, en una carta dirigida a Cánovas del Castillo el 25 de julio de 1895 y en la que se hace eco de la penosa situación del soldado: *No puedo concluir sin decirle a Vd. Que nuestro soldado es mártir por su sufrimiento, el más disciplinado del mundo, el más manejable, y con buena dirección y buenos jefes, el más valiente, que tanto él como la oficialidad tienen un espíritu levantado. ¡Ah si yo pudiera alimentarlos bien! Pero los convoyes son nuestra muerte, el racionamiento poco menos que imposible...*

Mientras tanto en la metrópoli, y bajo la consigna de *Hasta el último hombre y la última peseta* formulada por Cánovas y repetida por Sagasta, el gobierno y la élite del país parecían haber creado un consenso, justificando la necesidad de una respuesta armada ante la sublevación de los mambises cubanos y el afán imperialista de los Estados Unidos; únicamente los republicanos y los nacionalistas abogaban por una salida negociada. Si bien la guerra de Cuba no ocasionó graves descabros al erario peninsular, sí puso en juego inútilmente muchas vidas humanas. Por otro lado la prensa y, sobre todo la gran prensa, contribuyeron a crear el clima emocional que condujo a la guerra como algo inexorable. Y después unos y otros se dedicaron a falsear los datos y cifras de la tragedia, que sólo quedó como una gran congoja en los corazones de aquéllos que tenían que lamentar una irreparable pérdida allá en ultramar.

Bastante antes de que estallara la última guerra, se sabía que las condicio-

nes de repatriación sanitariamente hablando no eran buenas, como así lo hizo constar Ramón y Cajal en sus «Memorias». La sociedad española ya en 1896 empieza a ser consciente de los estragos de la guerra y del lastimoso estado en que vuelven los soldados. Periódicos como el Imparcial y el Heraldo de Madrid se mostrarían especialmente receptivos con el problema. El 11 de octubre de 1897, el Consejo de Ministros dispone las medidas necesarias para que los soldados que vuelven enfermos vengan en buenas condiciones de pasaje. Se acuerda la preparación de buques-hospitales, como el vapor Alicante. Pero pronto se demostraría que dichas medidas eran insuficientes. Cuando el mencionado Alicante arriba a La Coruña el 23 de agosto de 1898 procedente de Cuba, han fallecido 60 de los 1.000 soldados que embarcaron, y otros se mueren apenas desembarcar. Las descripciones de los corresponsales de los periódicos son espeluznantes: *eran espectros más que personas vivientes, y su cuerpo flácido y escueto cubierto con andrajos, les daba un aspecto a la vez repugnante hasta el horror y tristísimo hasta hacer derramar lágrimas*. Una vez arribados a puerto eran en muchos casos abandonados en los propios buques hasta ser trasladados a lazaretos o sanatorios que no cumplían ni las mínimas medidas higiénicas. Algunos venían marcados de por vida, mutilados o enfermos, y nunca conseguirían reincorporarse a una sociedad que, indiferente, prefiere volver la vista hacia otro lado. Durante días se les ve vagar por las calles de Madrid, escala hasta sus pueblos de origen, descalzos y cubiertos con mantas.

Como acto final de todas estas humillaciones e injusticias hemos de añadir que durante meses tuvieron que mendigar que el Estado les liquidara sus haberes. A finales febrero y comienzos de marzo de 1899, se producen en diversos puntos de España marchas y manifestaciones que intentan llamar la atención sobre el incumplimiento del gobierno de pagar las deudas contraídas con estos pobres infelices.

Pese a tratarse de un contingente mucho menor, la repatriación de las tropas de Filipinas resultó mucho más difícil que la de las de Cuba y Puerto Rico. España no procedió a la evacuación sistemática del archipiélago hasta después de la firma del Tratado de París, puesto que hasta el último momento no renunció a la posibilidad de conservarlo. En segundo lugar, y debido a que la guerra hispano-norteamericana fue seguida de una guerra filipino-norteamericana, los españoles prisioneros de los nacionalistas no fueron liberados hasta un año después. La emigración fue bastante generalizada entre la escasa sociedad civil española residente en Filipinas. También sacerdotes y frailes tuvieron que abandonar las islas.

En cuanto a la sensibilización de políticos e intelectuales de la época, el 98 fue un mal trago que convenía olvidar. El tema de los repatriados era utilizado por los primeros como arma arrojada de unos contra otros. Los sectores li-

berales o progresistas pedían responsabilidades sobre el trato recibido en las islas por los soldados y los conservadores interpretaban toda crítica en tal sentido como el ataque contra el honor del ejército, al envolver en ellas tanto a los que se hicieron acreedoras de las mismas como a los que fueron con abnegación y patriotismo a dar su vida en defensa de la integridad y el honor nacional. Por otra parte los intelectuales críticos con la contienda, sus costes y su resultado, tampoco prestaron gran atención al asunto de los repatriados. Caso especial es Blasco Ibáñez que incansable demuestra una gran preocupación por el soldado de a pie. En sus artículos se refiere a ellos como *rebaño gris, españoles de tercera, carne de pobre, pingajo de la rota bandera colonial, carne de tiburones*.

El 98 en su conjunto vino a ser un fenómeno sumamente contradictorio. Crisis de un Estado y a la vez inicio de una coyuntura económica relativamente boyante y de modernización en la sociedad española. Ricos indianos que tras la liquidación de sus negocios de ultramar hicieron aumentar en España el mito de El Dorado, en contraposición a soldados enfermos y desmoralizados obligados a reincorporarse en silencio y sin apoyos a la vida civil.